XVIII

La señora Herblay experimentaba una de las más vivas elegrías que había experimentado en su vida. Su prodigiosa actividad se encontraba en su elemento con la nueva situación que creaba al *partido* la retirada del comandante. Era urgente popularizar la candidatura hasta el momento mismo de la elección. Charvet creía la campaña comprometida.

—¡Veremos!—decía la gran electora, y redoblaba las invenciones, multiplicaba sus trabajos, las invitaciones y las promesas. No se veía otra cosa que su coche por toda la circunscripción. Tan pronto se la veía en Melun como en Chailly, distribuyendo saludos, tirando candidaturas desde el coche, hablando á las mujeres, sonriendo al cura, alabando al maestro y visitando á Zavouillet, que había tenido la veleidad de retirar su candidatura, para probarle que Ducasse, joven, erudito y activo, era el hombre del distrito—el diputado modelo que condecoraría á

Zavouillet;—y en la fiebre de aquella candidatura improvisada, empleaba recursos infinitos, como si estuviera personalmente apasionada por el triunfo de Emilio Ducasse.

—¡Jamás, mi querida amiga—decía Charvet,—jamás os habéis molestado tanto por mí!

—¡Ingrato!—le contestaba ésta, yendo de un lado para otro á conquistar votos...

Pitt no descansaba ni un momento; daba cuatro reuniones por día, y *La Nueva Anguila* trabajaba desesperadamente, encabezando siempre los artículos en que se ocupaba de Ducasse con el epígrafe: *Un hombre grave.*

—¡Ya ves—decía Saboureau á Ducasse—lo injusto que es el mundo, y qué criterio tan recto tiene! ¡Tú, que nunca has hecho ninguna obra meritoria, ni sin méritos—esa es tu ventaja,—eres aclamado con entusiasmo; y Verdier, que ha consagrado su existencia entera al provecho de la humanidad, ha estado en poco que no haya *subido al calvario*!... ¡Tú no has salvado ni salvarás á nadie, de seguro!...

—Es verdad que no he salvado á nadie, como Verdier; pero espero que podré salvar á mi país—contestaba *Pitt.*

—¡No le arruines demasiado! ¡Es todo lo que se te puede pedir!

Enriqueta, como todo el mundo, estaba entusiasmada con su nuevo candidato. Le miraba algunas veces suspirando, como la mujer que entrevé, cuando menos lo espera ya, la realización de sus ensueños. Las esperanzas que se forjara con Charvet habían salido fallidas. ¡Mederico no llegó á pronunciar el famoso discurso que ella había esperado oírle siendo Ministro!... ¿Se lo oiría á Ducasse?... Pero antes de pensar en el discurso era preciso pensar en la elección. ¡Bah! Enriqueta pensaba en todo. Hasta en Gilberta y en el señor de Montbrun. En medio de aquel caos del período electoral, la gran electora tenía aún algún tiempo que destinar á sus jóvenes amigos. César—se decía—dictaba varias cartas á la vez; pues bien, ella, Cesarina (y se reía cuando esto pensaba), sostenía dos campañas á la vez: la de Ducasse y la de Gilberta. Gilberta, interrogada por Enriqueta, contó á ésta el proyecto del Conde.

—¿El Conde cede el campo á la Inglesa? ¡Está loco! ¡No sabe lo que se hace!... Necesito hablar con él.

Mandó á buscarle, y el joven se apresuró á ofrecerla sus respetos.

—¿Cómo es eso?... ¡Yo creía que amábais á Gilberta!

—¡Con todo mi corazón!

—Entonces, ¿por qué no os casáis con ella?

—Señora... No sabéis...

—Sí—dijo interrumpiéndole.—Mi marido tenía un amigo que se casó también con una inglesa, ilegalmente como vos, y que después contrajo nuevas nupcias con una francesa, de la cual tuvo once hijos. Ya véis cómo ciertas uniones pueden romperse.

¿Qué diriais si yo viera á la pretendida señora de Montbrun?

—¿A Elena Morgan?

—¿Me autorizáis para que yo trate con ella esta operación comercial?

—Sí; pero Elena Morgan os contestará, como á mí, que quiere mi nombre y mi fortuna.

—¡Bueno! ¿Me dáis amplias facultades para arreglar el asunto? Os prometo que no quedaréis descontento. ¿Qué dariais á esa Morgan por que os dejara libre?

—Toda mi fortuna.

—¿Toda?

—Con la mayor alegría...

—Sois muy generoso, señor Conde. Pero en fin, tenéis razón. ¡Fiad en mí!

—¿En vos?

—Sí, en mí; quiero arreglar ese asunto—dijo tendiéndole la mano como si se despidiera.

Enriqueta sabía, por Ducasse, que Reville conocía á Elena. El redactor de *La Nueva Anguila* podía, en un momento dado, proporcionarla una entrevista con la inglesa.

Una nueva violencia, un insulto lanzado al comandante por el periódico que había dejado Reville, y que ahora redactaba Garousse solo, un artículo injurioso publicado por éste, puso al comandante fuera de sí.

Esperando el resultado definitivo de la elección se

hallaba, pues no le parecía prudente volverse á París hasta que la elección hubiera terminado, cuando recibió una carta anónima, de letra de mujer, en que le advertían de algún peligro ó de alguna nueva infamia. La carta, que no llevaba firma alguna, decía: «Os envío el último número de *La Anguila de Melun*. ¡Leed y meditad!»

Preguntó por el número del periódico. Nadie lo había recibido.

Gilberta, sin embargo, parecía violenta mientras que los criados buscaban el periódico.

Uno de ellos creía recordar que se lo había llevado por la mañana á la señorita Gilberta. «Si el señor comandante tenía empeño en leerlo, se iría por él al puesto de periódicos de la estación.»

—¿A la estación? ¡Iré yo mismo!—dijo, y cogiendo el sombrero, salió. Su sobrina quiso acompañarle, temiendo algún acceso de cólera de su tío. Por el camino trató de conseguir que desistiera de su propósito... Pero todo fué en vano.

Ya en la estación, trató aún de impedir que Verdier comprase el periódico, diciéndole:

—¿Qué adelantáis con leerlo? ¡Alguna nueva calumnia, que, como las otras, debe despreciarse! ¡No entréis, querido tío, os lo suplico!

Pero no hubo razón que le contuviera, y entró en la sala de espera, que estaba llena de gente. Verdier no vió á nadie. Se acercó al puesto de los periódicos y pidió *La Anguila*.

—¿La nueva ó la antigua?

—La antigua probablemente.

Tomó las dos, y dió un vistazo al periódico de Reville.

No encontrando nada de lo que buscaba en él, desplegó vivamente el de Garousse y vió en seguida el artículo en que hablaba de él. Tal cólera experimentó que Gilberta tuvo que sostenerle. Garousse contestaba al nombre de *Cincinatus*, que Reville había dado al comandante, con una perfidia innoble. So pretexto de despedir al candidato que se retiraba, unía al nombre de éste el de «la señorita Gilberta, no menos virtuosa que su tío, y quien, como Hermana de la Caridad de los pobres huérfanos, había mostrado en Avon por una niña, que Cincinatus Verdier debía bendecir como abuelo feliz, una abnegación verdaderamente maternal.» Y Garousse pedía irónicamente una recompensa al valor del comandante Cincinatus, y para su sobrina uno de los premios Mothyon de la Academia Francesa.

El elogio era tan brutal y tan insolente como la más grosera de las injurias. Gilberta cogió nerviosamente del brazo á su tío y quiso llevárselo de allí con viveza.

—¡Venid, venid! —le dijo aterrada.

Verdier creyó ver algo extraño en aquel apresuramiento, y miró en derredor suyo. Allí estaba Garousse, sonriente, luciendo su enorme persona, con el billete para París en la mano. Verdier rechazó bruscamente á Gilberta, y de un salto se puso al lado de Garousse, diciéndole:

—¿Eres tú el que has escrito esto? ¿Eres tú?

Y acordándose entonces de que llevaba bastón, lo levantó rápidamente y sacudió con furia al hombretón en la cara.

Garousse lanzó un grito y trató de precipitarse sobre el comandante, impidiéndoselo los empleados y las gentes que allí estaban.

—¡Soldado!... ¡Fusilero!... — gritaba Garousse echando espuma por la boca.—¡Sí, sí, es verdad lo que digo en ese artículo!... ¡Andate con cuidado, porque no lo he dicho todo!...

Verdier forcejeaba por llegar hasta él, cuando de entre la apiñada multitud que les rodeaba salieron dos caballeros, uno de ellos joven y de aspecto militar, que se dirigió á Garousse, diciéndole: «Miserable,» y otro de más edad y encanecido, que, sujetando al joven por un brazo, le decía:

—Perdonad; pero no es á vos á quien corresponde tomar la defensa de esta señorita.

Y encarándose con Garousse:

—Sois un canalla—le dijo.

Luego, y haciendo saltar de la cabeza el sombrero de Garousse con su bastón:

—Soy el Marqués de Montbrun—añadió.—¡Saludad á esta señorita!

Y le mostraba, enérgico, á Gilberta rodeada por la multitud.

—¡Saludad!...—repitió el Marqués, cuya nerviosa mano oprimía fuertemente el brazo del socialista.

—¡Señores viajeros para París!—gritó la voz de uno de los empleados, dominando el tumulto.

—Tengo que marchar—rugió Garousse.—¡Pero nos veremos! ¡Nos veremos! ¡Todos! ¡Todos!

—Así lo espero—dijo secamente el Marqués.

Y Garousse desapareció en medio del irónico murmullo de los que presenciaban esta escena.

—¡No creo—dijo el Marqués viéndole alejarse—que gane mucho su elección con esto!

Pronto llegó lo sucedido á noticia de la señora Herblay, quien lo supo con júbilo, porque en ello iban ganando Ducasse y el comandante. «Ese diablo de comandante, cordero convertido en tigre—decía,—gana mucho en respeto y hace ganar á nuestra candidatura desprestigiando al candidato contrario.» Después pensó que quien perdía con todo esto era Gilberta, y se apresuró á preguntar á Ducasse:

—¿Y la inglesa? ¿Se puede ver á esa terrible inglesa?...

La inglesa se sorprendió cuando la anunciaron la visita de la gran electora; pero saliendo pronto de su estupor, se adelantó á recibirla y la indicó, después de saludarla, una silla.

—¿A qué debo el honor de veros por mi casa?—preguntó.

—A un negocio de importancia para vos.

Conversaron largamente, después de lo cual exclamó la inglesa algo amostazada:

—Según veo, conocéis toda mi historia.

—Así parece...

—Entonces no ignoraréis que soy la Condesa de Montbrun, y que estaba en mi derecho cuando me vísteis queriendo arrojar del lado de mi marido á la mujer que ocupaba mi lugar en la casita de Avon.

—¿Qué mujer?—preguntó Enriqueta, como si no comprendiera.

—La señorita Verdier.

Enriqueta le dirigió una mirada de indignación por el tono de desprecio con que pronunció aquellas palabras.

—Veo lo que pretendéis—dijo la inglesa, que había notado esta mirada.—¡Vuestras obras de caridad se extienden hasta los jóvenes que han cometido alguna locura, y queréis favorecer al Conde!...

—No—interrumpió vivamente Enriqueta,—es precisamente lo contrario lo que pretendo.

—¡No os comprendo!

—El Sr. de Montbrun, figurándose que debéis estar... ¿cómo diré yo? aburrida... me ha encargado que os traiga, con su proposición de paz, la manera de salir de todos vuestros apuros.

—¡Sé lo que váis á pedirme! El Conde tiene vivos deseos de ser libre, para casarse con la señorita Verdier, y como el único inconveniente que hay